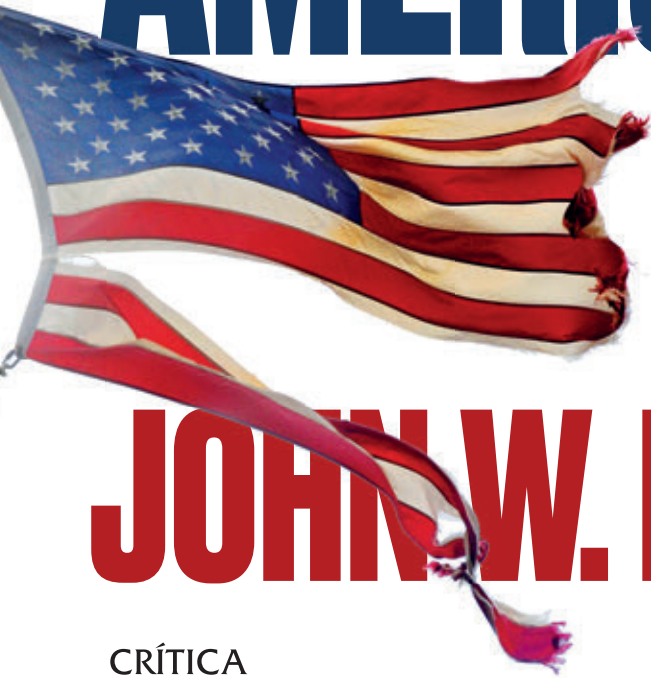


EL VIOLENTO SIGLO AMERICANO



**Guerras e intervenciones
desde el fin de la segunda
guerra mundial**

JOHN W. DOWER

CRÍTICA

JOHN W. DOWER

EL VIOLENTO
SIGLO AMERICANO

Guerras e intervenciones desde
el fin de la segunda guerra mundial

Traducción castellana de
Carme Castells

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2018

El violento siglo americano. Guerras e intervenciones desde el fin de la segunda guerra mundial
John W. Dower

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Violent American Century. War and Terror Since World War II*

© 2017 John W. Dower

© de la traducción, Carme Castells, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-025-3
Depósito legal: B. 21036 - 2018
2018. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

La magnitud de la violencia

Vivimos en una época de una violencia desconcertante. En 2013, el presidente del Estado Mayor Conjunto declaró ante un comité del Senado que el mundo «es más peligroso que nunca».¹ Sin embargo, los estadísticos cuentan una historia diferente: la de que la guerra y los conflictos letales han disminuido de manera constante e incluso vertiginosa desde la segunda guerra mundial.

Actualmente, muchos académicos de la corriente principal respaldan esta opinión. En su influyente libro publicado en 2011, *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*, el psicólogo de Harvard Steven Pinker adoptó las expresiones «la larga paz» para designar las más de cuatro décadas de la guerra fría (1945-1991), y «la nueva paz» para los años posteriores a la guerra fría hasta nuestros días. En dicho libro, así como en artículos, textos breves y entrevistas posteriores a la publicación, Pinker se dedicó a reprender a los fatalistas. En su opinión, las estadísticas indican que «podemos estar viviendo en la era más pacífica de la existencia de nuestra especie».²

Está claro que el sentido común debe buscar un término medio, admitiendo que, de hecho, el número y la letalidad de los conflictos globales han disminuido desde la segunda guerra mundial, sin embarcarse en terminologías extravagantes sobre la «paz». Esta

denominada paz de la posguerra estuvo, y sigue estando, impregnada de sangre y atormentada por el sufrimiento.

Es razonable argumentar que, durante esas décadas de la guerra fría, el número total de bajas fue inferior al de los seis años de la segunda guerra mundial (1939-1945), y ciertamente mucho menor que el de la suma de víctimas de las dos guerras mundiales del siglo xx. También es innegable que el número total de bajas ha disminuido más desde entonces. Los cinco conflictos intraestatales o interestatales más devastadores de las décadas de la posguerra —en China, Corea, Vietnam, Afganistán, y entre Irán e Irak— tuvieron lugar durante la guerra fría. Es también el caso de la mayoría de los politicidios, o asesinatos políticos de masas y de los genocidios más letales —en la Unión Soviética, China (de nuevo), Yugoslavia, Corea del Norte, Vietnam del Norte, Sudán, Nigeria, Indonesia, Pakistán/Bangladesh, Etiopía, Angola, Mozambique y Camboya, entre otros países—. Ciertamente el fin de la guerra fría no acabó con tales atrocidades (como las que ocurrieron en Ruanda, el Congo, y con la implosión de Siria). No obstante, como sucedió con las grandes guerras, la trayectoria es descendente.³

No sorprende que el argumento reduccionista considere que la guerra fría fue menos violenta que los conflictos globales que la precedieron, y que las décadas posteriores a ella han sido estadísticamente menos violentas que la guerra fría. Pero ¿qué motiva la imagen aséptica de estos años, que ahora alcanzan los tres cuartos de siglo, para calificarlos como «años de paz»? La respuesta reside esencialmente en que dicha imagen se centra en las grandes potencias. Los principales antagonistas de la guerra fría, Estados Unidos y la Unión Soviética, con sus rebosantes arsenales nucleares, nunca llegaron a las manos. De hecho, las guerras entre las grandes potencias o entre los estados desarrollados se han convertido (según Pinker) en algo «prácticamente obsoleto». No ha habido una tercera guerra mundial, ni es probable que la haya.⁴

Esta cuantificación optimista invita a diversas formas de complacencia. (¡Qué virtuosos hemos llegado a ser, comparativamente,

los mortales!) En Estados Unidos, donde el sentimiento de «haber ganado la guerra fría» sigue estando arraigado, el relativo declive de la violencia global después de 1945 se atribuye, en general, a la sabiduría, virtud y capacidad armamentística del «mantenimiento de la paz» estadounidense. En los círculos militaristas más agresivos, la disuasión nuclear (la doctrina de la MAD —destrucción mutuamente asegurada— de la guerra fría que al principio se describía como un «delicado equilibrio del terror»), sigue siendo glorificada como una política ilustrada que impidió un conflicto global catastrófico.

Describir la larga era de la posguerra como una época de paz relativa es deshonesto, y no solo porque desvía la atención de la muerte y la agonía que en realidad se produjeron y siguen produciéndose, sino que también oculta la medida en que Estados Unidos es responsable de contribuir, más que de impedir, la militarización y el caos después de 1945. Las incesantes transformaciones de los instrumentos de destrucción masiva encabezadas por EE. UU. —y el provocativo impacto global de esta obsesión tecnológica— son en gran medida ignoradas. La continuidad de ciertos elementos estratégicos en la manera de librar la guerra al estilo estadounidense (una expresión popular en el Pentágono), supeditada en gran medida a las fuerzas aéreas y otras formas de fuerza bruta, pasa desapercibida, al igual que la ayuda a regímenes extranjeros represivos y el impacto desestabilizador de las intervenciones abiertas o encubiertas llevadas a cabo en el extranjero. La dimensión más sutil e insidiosa de la militarización estadounidense en la posguerra —es decir, la violencia ejercida sobre la sociedad civil destinando recursos a un estado de seguridad nacional colosal, intrusivo y siempre en expansión—, no suele formar parte de los argumentos que se centran en la disminución numérica de la violencia desde la segunda guerra mundial.

Por otra parte, el intento de cuantificar la guerra, el conflicto y la devastación plantea unos retos metodológicos enormes. Los datos que se manejan para apoyar el argumento del declive de la vio-

lencia son densos y a menudo convincentes, y proceden de diversas fuentes respetables. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la cuantificación exacta de las muertes y la violencia resultan prácticamente imposibles. Cuando una fuente ofrece estimaciones bastante exactas de algo como el «exceso de mortalidad debido a la guerra», nos encontramos, por lo general, ante unos investigadores que carecen de humildad e imaginación.

Tomemos como ejemplo la segunda guerra mundial, sobre la cual se han escrito incontables estudios. Las estimaciones sobre el total de muertes «relacionadas con la guerra» oscilan entre aproximadamente cincuenta millones y más de ochenta millones. (Cualquier persona familiarizada con las normalmente bien documentadas entradas de la Wikipedia, la enciclopedia en línea, verá cuán a menudo se producen discrepancias en las estimaciones de bajas al alza o a la baja.) Una explicación de estas diferencias es el caos absoluto que produce la violencia armada. Otra es que las personas que hacen el recuento deben decidir qué cuentan y cómo lo cuentan. Las muertes en combate de los soldados uniformados son más fáciles de contar, sobre todo las del bando vencedor. Se puede confiar en que los burócratas militares llevan unos registros precisos de sus propios muertos en acción, pero no, por supuesto, de los enemigos a los que han matado. Pero las bajas civiles debidas a la guerra son más difíciles de contar, aunque, como sucedió en la segunda guerra mundial, por lo general son mucho más numerosas que los muertos en combate.

Estas fuentes de datos ¿van más allá de los denominados «daños colaterales» del combate, como las muertes causadas por la hambruna y las enfermedades? ¿Tienen en cuenta los fallecimientos que pueden haberse producido mucho después de acabado el conflicto (como las muertes causadas por la radiación después de Hiroshima y Nagasaki, o por el uso del agente naranja por parte de Estados Unidos en la guerra de Vietnam)? La dificultad de calcular las bajas de los conflictos civiles, tribales, étnicos y religiosos con cierta exactitud es obvia. Lo mismo puede decirse de los poli-

ticidios, que abarcan desde el asesinato de millones de personas causado por las políticas gubernamentales, deliberadas o no, hasta las decenas de miles de asesinatos políticos más selectivos cometidos por los regímenes autoritarios. Los regímenes comunistas son responsables de un gran porcentaje de estas atrocidades en el siglo xx, pero el historial estadounidense de ayuda a gobiernos autoritarios brutales en Latinoamérica, África, Asia y Oriente Medio es considerable, sórdido y, según las normas que el propio país profesa, en gran medida criminal.

Concentrarse en las muertes y en su presunta trayectoria descendente también desvía la atención de las catástrofes humanitarias en sentido amplio. A mediados de 2015, por ejemplo, la Oficina del Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas informó de que el número de personas «desplazadas por la fuerza en todo el mundo como resultado de la persecución, el conflicto, la violencia generalizada o las violaciones de los derechos humanos» había superado la cifra de sesenta millones, lo que suponía el nivel más alto registrado desde la segunda guerra mundial y su posguerra inmediata. Aproximadamente dos tercios de estos hombres, mujeres y niños fueron desplazados dentro de sus propios países. El resto eran refugiados, y más de la mitad de dichos refugiados eran niños.

Así pues, nos encontramos ante una tendencia íntimamente relacionada con la violencia global que no va a la baja. En 1996, las Naciones Unidas estimaban que en el mundo había 37,3 millones de individuos desplazados por la fuerza. Veinte años después, a finales de 2015, esta cifra había alcanzado los 65,3 millones, un 75 % de incremento respecto de las dos décadas posteriores a la segunda guerra mundial a las que la bibliografía que defiende el descenso de la violencia se refiere como la «nueva paz». En el informe de Naciones Unidas en el que se recoge todo el año 2015, se indica que «la población global de personas desplazadas por la fuerza actualmente es mayor que la del Reino Unido».⁵

Otros desastres infligidos a los civiles son menos visibles que las poblaciones desarraigadas. Las duras sanciones relacionadas

con los conflictos, que a menudo paralizan los sistemas de higiene y de salud y pueden precipitar un incremento agudo de la mortalidad infantil, por lo general no figuran en la indexación de los epígrafes relacionados con la violencia militar. Las sanciones impuestas a Irak por iniciativa de Estados Unidos a principios de 1990, que se prolongaron durante trece años, junto a la primera guerra del Golfo, son un duro ejemplo de ello. Un reportaje publicado en el *New York Times Magazine* en julio de 2003 mencionaba a los partidarios y a los críticos de las sanciones, pero aceptaba el hecho de que «al menos varios centenares de miles de niños que, en circunstancias normales, hubieran podido vivir, murieron antes de su primer cumpleaños». ⁶ Y después de todos estos conflictos generalizados, ¿quién cuenta a los mutilados, o a los huérfanos o viudas, o aquellos a quienes los japoneses, en la estela de la segunda guerra mundial, denominaron los «ancianos huérfanos», los padres que habían perdido a sus hijos?

Por si fuera poco, las cifras y las tablas solo pueden insinuar la violencia psicológica y social sufrida por combatientes y civiles. Por ejemplo, se ha sugerido que una de cada seis personas que habitan en zonas asoladas por la guerra puede sufrir un trastorno mental (en contraposición a una de cada diez en épocas normales). ⁷ Aun cuando el personal estadounidense se viese afectado, la atención a los traumas no despertó gran preocupación hasta 1980, siete años después de la retirada de EE. UU. de Vietnam, cuando se reconoció oficialmente que el trastorno por estrés postraumático (TEP) era una cuestión de salud mental. En 2008, un estudio a gran escala de 1.640.000 soldados desplegados en Afganistán e Irak entre octubre de 2001 y octubre de 2007 llegó a la conclusión «de que aproximadamente 300.000 individuos sufren actualmente un TEP o una depresión profunda y que, probablemente, otros 320.000 padecieron una LCT [lesión cerebral traumática] durante el despliegue». Naturalmente, las cifras aumentaron a medida que estas guerras se prolongaban. ⁸ Humanizar estos datos inquietantes o ampliar sus ramificaciones a círculos familiares o comu-

nitarios más amplios —o bien a las poblaciones traumatizadas por la violencia en todo el mundo— desafía la cuantificación estadística.

También es inconmensurable otro registro de la violencia; es decir, los daños que la guerra, el conflicto, la militarización y el miedo puramente existencial infligen a la sociedad civil y a la práctica democrática. Esto sucede en todas partes, pero es más patente en Estados Unidos desde que Washington emprendió su «guerra global contra el terror» como respuesta a los ataques de Al Qaeda al World Trade Center y al Pentágono el 11 de septiembre de 2001.

Aquí las cifras resultan perversamente provocativas, puesto que las vidas que se han cobrado los atentados terroristas en el siglo XXI pueden interpretarse como una confirmación del argumento que defiende el declive de la violencia. Desde 2000 hasta 2014, según el sumamente citado Global Terrorism Index, «se han registrado más de 61.000 actos terroristas que han causado más de 140.000 muertes». Aun contando el 11 de septiembre, los países occidentales han experimentado menos del 5% de estos incidentes y del 3% de las víctimas. Otra tabla minuciosamente detallada, que combina las informaciones de los medios de comunicación globales en diversas lenguas, sitúa el número de bombardeos suicidas desde 2000 hasta 2015 en 4.787 ataques cometidos en más de cuarenta países, con un saldo de 47.274 muertes.⁹

No cabe duda de que estas atrocidades son espantosas y alarmantes. Sin embargo, por espeluznantes que sean, las cifras en sí son *comparativamente* más bajas que las de conflictos anteriores. Para los especialistas en la segunda guerra mundial, la cantidad de «140.000 muertos» evoca un símbolo estremecedor, puesto que esta es la cifra aproximada normalmente aceptada del número de víctimas mortales de un simple acto de bombardeo terrorista: la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima. El total también es bajo si lo comparamos con las bajas contemporáneas causadas por otras causas. Por ejemplo, globalmente perecen cada año más de cuatrocientas mil personas. En Estados Unidos, el riesgo de morir por la

caída de objetos o de un rayo es al menos tan grande como la amenaza de los militantes islamistas.¹⁰

Esto nos plantea una pregunta desconcertante: si la incidencia total de la violencia, contando el terrorismo del siglo XXI, es relativamente baja si la comparamos con amenazas y conflictos globales anteriores, ¿por qué Estados Unidos reacciona convirtiéndose en un «Estado de seguridad nacional» cada vez más militarizado, hermético, irresponsable e intervencionista? ¿Es realmente posible que un mosaico de adversarios no estatales que no tienen una gran capacidad armamentística ni siguen las reglas de combate tradicionales —como en 2013 declaró el presidente del Estado Mayor Conjunto— haya hecho que el mundo sea más amenazador que nunca?

Para quienes no crean que este sea el caso, las posibles explicaciones de la aceleración de la militarización en Estados Unidos proceden de varias direcciones. La paranoia puede estar inscrita en el ADN de los estadounidenses o en el de la especie humana. O quizá simplemente la histeria anticomunista de la guerra fría ha experimentado una metástasis, convirtiéndose en un miedo patológico al terrorismo después del 11 de septiembre. (Los estrategas del ejército y los «intelectuales de la defensa», desconcertados por el caos multipolar del mundo posterior a la segunda guerra mundial, a menudo hablan casi con nostalgia de los claros desafíos de un mundo en el que el juego se llamaba «bipolaridad».) Ciertamente entra en escena el alarmismo maquiaveliano, auspiciado por los funcionarios civiles y los militares conservadores y neoconservadores del estado de seguridad nacional, junto a los consabidos políticos oportunistas y a los beneficiarios de la guerra. Previsiblemente, los críticos culturales también apuntarán a la adicción al sensacionalismo y las catástrofes de los medios de comunicación de masas, ahora intensificada por la proliferación de los medios sociales digitales.

A todo ello cabe añadir la peculiar carga psicológica de ser una «superpotencia» y, desde la década de 1990 en adelante, la «única superpotencia» del planeta; una situación en la cual la «credibili-

dad» se mide básicamente en términos de un poder militar avanzado y abrumador. Se puede argumentar que esta visión del mundo ayudó a «frenar el comunismo» durante la guerra fría y ofrece una sensación de seguridad a los aliados de EE. UU. Lo que esta no ha conseguido es asegurar la victoria en la guerra real, pero no por falta de ganas de intentarlo. Con algunas excepciones (Granada, Panamá, la breve guerra del Golfo en 1991 y los Balcanes), el ejército estadounidense no ha saboreado la victoria desde la segunda guerra mundial, siendo Corea, Vietnam y los recientes y actuales conflictos en el gran Oriente Medio unos ejemplos notables de su fracaso. Sin embargo, estas derrotas no han hecho mella en la soberbia inherente al estatus de superpotencia. La fuerza bruta sigue siendo el elemento principal por el que se mide la credibilidad.

La concepción bélica tradicional estadounidense ha tendido a centrarse en las «tres D» (derrotar, destruir, devastar). Desde 1996, la misión declarada del Pentágono es mantener un «dominio de espectro completo» en todos los ámbitos (tierra, mar, aire, espacio e información), y, en la práctica, en todas las partes del mundo accesibles. El Mando de Ataque Global de la Fuerza Aérea, activado en 2009 y responsable de gestionar dos tercios del arsenal nuclear estadounidense, suele hacer pública su disposición para el «ataque global... a cualquier blanco, en cualquier momento». En 2015, el departamento de Defensa admitió disponer de 4.855 «ubicaciones» —que comprenden bases de distinta importancia, desde inmensas comunidades autosuficientes hasta pequeñas instalaciones—, 587 de las cuales están situadas en ultramar, en cuarenta y dos países extranjeros. Según otro recuento no oficial, el número de bases e instalaciones que el Pentágono mantiene en el extranjero rondaba las ochocientas, situadas hasta en ochenta países. Por citar otro ejemplo de la aplastante naturaleza de la presencia estadounidense en el mundo, durante 2015 las fuerzas de operaciones especiales de élite fueron desplegadas en unos ciento cincuenta países, y Washington proporcionó armamento y fuerzas de seguridad a un número de países aún mayor.¹¹

Las bases estadounidenses en ultramar reflejan, en parte, una persistente herencia de la segunda guerra mundial y de la guerra de Corea. La mayoría de estas instalaciones están situadas en Alemania (181), Japón (122) y Corea del Sur (83), y fueron conservadas aun después de que su misión inicial de frenar el comunismo desapareciese con el final de la guerra fría. El despliegue de las fuerzas de operaciones especiales (y las operaciones encubiertas de la CIA) también es un legado de la guerra fría que no hizo más que aumentar tras el desmoronamiento de la Unión Soviética. No obstante, la expansión de una presencia en ultramar que abarca tres cuartos de los países del mundo, ha sido en gran medida un producto de la guerra contra el terror del siglo XXI.

Muchas de estas empresas que se llevan a cabo actualmente exigen el mantenimiento en el extranjero de instalaciones denominadas «nenúfares», unas instalaciones pequeñas, temporales y subrepticias. Y, además, muchas de ellas forman parte de las «operaciones encubiertas» de la CIA. La lucha contra el terror implica practicar el terror, lo cual, desde 2002, ha supuesto la expansión de una campaña de asesinatos selectivos con aeronaves no tripuladas. Por ahora, este último método para asesinar sigue estando dominado por la CIA y el ejército estadounidense (con el Reino Unido e Israel siguiéndoles a cierta distancia).¹²

El «delicado equilibrio del terror» que caracterizó la estrategia nuclear durante la guerra fría no ha desaparecido, sino que más bien se ha reconfigurado. La Unión Soviética y sus arsenales, que llegaron al colmo de la locura en la década de 1980, han quedado reducidos a unos dos tercios, aproximadamente, un logro encomiable, pero que aún dejaba al mundo con unas 15.400 armas nucleares en enero de 2016, el 93 % de las cuales estaban en manos de Estados Unidos y Rusia. Cerca de dos mil de ellas en cada bando siguen estando desplegadas activamente en misiles o en bases con fuerzas operativas.¹³

En otras palabras, la reducción del número de armas nucleares no ha eliminado los medios para destruir la Tierra, tal como la co-

nocemos, varias veces. Tal destrucción puede producirse de manera indirecta o directa, incluso con un relativamente «modesto» intercambio nuclear entre, por ejemplo, India y Pakistán, lo que desencadenaría el cataclismo de un cambio climático —un «invierno nuclear»— que podría acabar en hambruna y muerte a nivel global. Tampoco el hecho de que actualmente otras naciones posean armas nucleares (y que además de ellas se considere que otros cuarenta países tienen «capacidad armamentística nuclear»), significa que se haya reforzado la «disuasión». El uso futuro de armas nucleares, bien sea fruto de una decisión deliberada o de un accidente, sigue siendo una posibilidad espeluznante. Esta amenaza se ve intensificada por la posibilidad de que, de alguna manera, terroristas no estatales puedan obtener y emplear dispositivos nucleares.¹⁴

No ganaremos mucho intentando atribuir responsabilidades por el fracaso en restringir la proliferación nuclear después de Hiroshima y Nagasaki o en eliminar estas armas supremas de destrucción masiva tras el derrumbe de la Unión Soviética. Lo asombroso, en este momento de la historia, es que la paranoia, formulada como realismo estratégico, siga guiando la política nuclear estadounidense, y que, siguiendo el liderazgo americano, otras potencias nucleares se sumen a ella. Tal como anunció la administración Obama en 2014, es preciso «modernizar» el potencial de la violencia nuclear. En términos concretos, esto se traduce en un proyecto de treinta años que, aproximadamente, costará a Estados Unidos un billón de dólares (sin contar los futuros incrementos de los costes de producción de tales armas), para perfeccionar un nuevo arsenal de armas nucleares «inteligentes» y más pequeñas y reacondicionar a fondo la actual «tríada» compuesta por bombarderos tripulados de largo alcance, submarinos nucleares, y misiles balísticos intercontinentales terrestres con cargas nucleares.¹⁵

Por supuesto, la modernización nuclear solo es una pequeña parte del espectro total del poder estadounidense; una máquina militar tan enorme que inspiró al presidente Barack Obama, en su

discurso sobre el estado de la Unión pronunciado en enero de 2016, a declarar, con una vehemencia poco habitual, que «Estados Unidos de América es la nación más poderosa de la Tierra». «Punto. Punto. Nadie se le acerca. Nadie se le acerca. Gastamos más en nuestro ejército que las ocho naciones que nos siguen juntas.»¹⁶

Los gastos presupuestarios y las proyecciones oficiales nos dan una instantánea de esta enorme máquina militar, aunque aquí las cifras pueden llevarnos a unas conclusiones erróneas. Así, el «presupuesto base» de defensa anunciado en 2016 para el año fiscal 2017 asciende aproximadamente a los 600.000 millones de dólares, pero esta cifra está muy lejos de lo que será el desembolso real. Cuando se tengan en cuenta todos los demás costes discrecionales militares y de defensa, como el mantenimiento y la modernización nuclear, el «presupuesto de guerra» que costeará las denominadas «operaciones contingentes» en el extranjero, como las intervenciones militares en el gran Oriente Medio, los «fondos secretos» que financian las operaciones de inteligencia llevadas a cabo por la CIA y la Agencia de Seguridad Nacional, las asignaciones para actividades secretas de alta tecnología, los costes de la «atención a los veteranos» (entre los que se cuentan los pagos por discapacidad), la ayuda militar a otros países, los enormes costes de los intereses del gasto militar que inciden en la deuda nacional, entre otras partidas, el total del gasto anual real se acerca al billón de dólares.¹⁷

Estas cifras estratosféricas desafían la comprensión, pero no hace falta aprender estadística para entenderlas mejor. Basta con la simple aritmética. La previsión de costes solo para la agenda de modernización nuclear a treinta años vista supera los 90 millones de dólares diarios, o aproximadamente 4 millones a la hora. La cifra de 1 billón de dólares estipulada para mantener el estatus de la nación como «la nación más poderosa de la Tierra» durante un solo año asciende aproximadamente a los 2.740 millones por día, lo que supone más de 114 millones de dólares por hora.

Crear una capacidad de violencia mayor de la que el mundo ha visto jamás es costoso (y remunerativo).

El 17 de febrero de 1941, casi diez meses antes del ataque japonés a Pearl Harbor, la revista *Life* publicó un extenso ensayo de su editor (Henry Luce), titulado «El siglo americano». El artículo denunciaba la postura «ambigua» de Estados Unidos respecto a la guerra que se libraba en Europa; una postura que combinaba el aumento de la ayuda a Inglaterra con el mantenimiento de relaciones diplomáticas con Alemania. Hijo de misioneros presbiterianos, nacido en China en 1898 y criado en ese país hasta los quince años, Luce, esencialmente, traspuso la certeza del dogma religioso a la certeza de una misión nacionalista formulada en nombre del internacionalismo.¹⁸

Luce admitía que los aislacionistas que se oponían a que EE. UU. se implicase en la guerra tenían varios argumentos válidos, incluyendo el temor de que ello pudiera acelerar «la tendencia hacia el colectivismo» ya en marcha en el país, y que «terminase en un socialismo nacional tan absoluto que cualquier parecido, por ligero que fuese, con nuestra democracia constitucional americana sería totalmente irreconocible». Pese a este temor, insistía, el aislacionismo era moral y políticamente desastroso, un «virus» que subvertía el destino de Estados Unidos como faro del «idealismo democrático» y de la «libertad sometida a la ley». Asimismo, Luce reconocía que Estados Unidos no podía actuar como policía del mundo ni intentar imponer las instituciones democráticas a toda la humanidad. Con todo, «el mundo del siglo xx, si quiere nacer con cierta nobleza de salud y vigor, debe ser en gran medida un Siglo Americano». El ensayo instaba a todos los estadounidenses a «aceptar incondicionalmente nuestro deber y nuestra oportunidad de ser la nación más poderosa y vital del mundo y, en consecuencia, ejercer en el mundo todo el impacto de nuestra influencia, con todos los objetivos que creamos apropiados y con todas las medidas que consideremos oportunas».

El ataque japonés a Pearl Harbor impulsó sin remedio a Estados Unidos hacia el escenario internacional que, según Luce, estaba destinado a dominar, y el rimbombante titular de este ferviente

alegato se convirtió en la materia prima de la retórica de la guerra fría y los años posteriores. En este llamamiento fue fundamental la afirmación de una vocación virtuosa. El ensayo de Luce señaló casi todos los ideales que se convertirían en un elemento esencial de la propaganda en tiempos de guerra y en la guerra fría: libertad, democracia, igualdad de oportunidades, autosuficiencia e independencia, cooperación, justicia, caridad, todo ello complementado con una visión de abundancia económica inspirada por «nuestros magníficos productos industriales, nuestras capacidades técnicas». En los actuales conjuros patrióticos, a todo esto se le atribuye el «excepcionalismo estadounidense».

El otro aspecto, más duro, del destino manifiesto de EE. UU. era, naturalmente, la musculatura. El poder. Poseer una superioridad absoluta e infinita para desarrollar y desplegar el arsenal bélico más avanzado y destructivo del mundo. En su famoso ensayo, Luce no profundiza en esta dimensión del «internacionalismo», pero una vez se entró en la segunda guerra mundial y se ganó, se convirtió en su apóstol más ferviente; en un destacado defensor de «liberar» a China de sus nuevos gobernantes comunistas, de reemplazar al asediado ejército francés en Vietnam, de que los conflictos de Corea y Vietnam pasasen de ser «guerras limitadas» a convertirse en oportunidades en una guerra más amplia y virtuosa contra China y en ese país, persiguiendo el desmantelamiento del «telón de acero» con «armas atómicas tácticas». En cierto momento, Luce llegó incluso a barajar la posibilidad de «aplantar a Rusia con quinientos (o mil) bombas atómicas»; un escenario aterrador, aunque es un escenario que los guardianes del arsenal nuclear estadounidense planificaron en realidad hasta el más mínimo y deplorable detalle en la década de 1960, antes de la muerte de Luce, ocurrida en 1967.¹⁹

Naturalmente, el eslogan «siglo americano» es una hipérbole. Siempre ha tenido sus críticos y sus detractores, cuyas filas han aumentado considerablemente desde el fiasco de la guerra estadounidense contra el terror.²⁰ En ese decisivo fuego cruzado, el

lema nunca fue más que un mito, una fantasía, un delirio. Disimulaba las evidentes desigualdades de raza, clase, género y privilegios dentro del propio país. Después de la segunda guerra mundial la victoria militar, en cualquier sentido tradicional del término, fue una quimera. La llamada Pax Americana en sí misma estuvo plagada de conflictos, opresión y flagrantes traiciones al catecismo de los valores profesados por la nación. Al propio tiempo, obviamente la hegemonía estadounidense tras la posguerra nunca abarcó a más de una parte del globo. Gran parte de lo que sucedió en el mundo, incluyendo los disturbios y el caos, estuvo más allá del control de EE. UU.

Sin embargo, el eslogan de Luce persiste, lo cual no deja de ser razonable. El mundo del siglo XXI puede ser caótico, con una violencia que puede surgir de innumerables fuentes y causas, pero Estados Unidos sigue siendo la «única superpotencia» del planeta. El mito del excepcionalismo sigue sometiendo a su yugo a una buena parte de los estadounidenses. La hegemonía de EE. UU., por muy deshilachados que estén sus bordes, sigue dándose por supuesta en los círculos gubernamentales, y no solo en Washington. Y los estrategas del Pentágono siguen defendiendo enfáticamente su misión como un dominio de espectro completo a nivel global. El compromiso de Washington en la modernización de su arsenal nuclear en vez de centrarse en lograr la abolición total de las armas nucleares se ha mostrado inamovible. Lo mismo sucede con la casi religiosa devoción del país por liderar el desarrollo y el despliegue de armas convencionales de destrucción masiva aún más «inteligentes» y sofisticadas.

Como declaró el presidente Obama en su último discurso sobre el estado de la Unión, no hay nadie que se acerque. Nadie que se acerque. Sin duda, para los potenciales adversarios, esto es una provocación.